



UNA ESPADA POR HERENCIA.

I.

El fallecimiento.

Por medio de las tortuosas y sucias calles de un pueblecillo de Castilla la Vieja, un día del mes de agosto del año 1395, á eso de las seis de la tarde, cuatro soldados caminaban lentamente llevando sobre sus lanzas cruzadas un cuerpo desfigurado y cubierto de sangre. Delante, montado en un caballo lleno de sudor, iba otro hombre que parecía un escudero por su traje de guerra, y que llevaba del diestro un soberbio alazán acribillado de heridas. De la silla de hierro del animal colgaban un casco, un morrion, una

coraza, los brazaletes, las manoplas, la espada y la maza, los cuales resonaban al chocar unos con otros cuando el caballo tropezaba.

La comitiva iba entre algunos villanos que habian dejado por curiosidad sus chozas, y viendo era un caballero herido en un combate, se arrodillaban con devocion, recitando la oracion de los agonizantes.

De repente se descubrió á lo lejos un torreón, y el escudero, volviéndose hácia los hombres de armas, les indicó la ruina de un antiguo castillo como término de su viaje.

— «Animo, soldados, les dijo, no hay que desmayar. Pronto llegamos al castillo, y así no penseis en lo penoso de la tarea, porque en el Paraiso hallareis el premio.»

Pero viendo que á pesar de sus exhortaciones los soldados caminaban con dificultad, mandó hacer alto, diciendo:

— «Deponed el herido en tierra; pero tened cuidado de que el movimiento no haga que el alma abandone al cuerpo.»

Los soldados colocaron su carga sobre un monton de paja que extendió un villano, y se sentaron muy cerca para demostrar que necesitaban en gran manera aquel alto. El escudero se apeó del caballo, acercándose al herido para ver si vivia aun; y los villanos ansiosos por saber lo que habia pasado, y quién era aquel noble señor, hacian á los soldados mil preguntas.

— «Qué ha sucedido? decia uno; han vuelto los partidarios de D. Enrique?

— San Bernabé nos proteja! decia otro, si los partidarios han vuelto á este pais, ya podemos prepararnos la mortaja.

— Santa Brígida! si serán las tropas del bastardo? nada nos dejaron los malditos cuando pasaron por aquí la primera vez.... Pero no respondeis, caballeros?»

Y la mujer que hablaba así sacudia el brazo de uno de los soldados, á fin de obtener respuesta.

— «Nada bueno, respondió por último el soldado; ha habido un combate, y el mejor de los caballeros castellanos ha recibido tantos mandobles que se halla en muy mal estado.

— Santa Brígida! quién es ese señor?

— Arnaldo de Montoban, dijo el soldado en voz baja.

— La Virgen nos asista! balbució la mujer aterrada con esta noticia, y santiguándose repetidas veces: qué va á ser de nosotros?»

Al momento corrió á esparcir la noticia, la cual causó tal efecto entre la multitud, que todos se acercaron para ver al señor Arnaldo. El círculo que le rodeaba se estrechó tanto, que el escudero se levantó de pronto gritando:

— «Atrás, villanos! no veis con qué trabajo respira? quereis ahogarle?»

Y viendo que no le obedecían sacó la espada, retirándose entonces la multitud; pero el movimiento que causó la amenaza del escudero sacó al moribundo del letargo en que le había hecho caer el derrame de tanta sangre como había perdido.

— «Por el Dios vivo! dijo con voz débil procurando levantarse; qué tumulto es este? estamos ya en el infierno?»

Después, dirigiéndose á su escudero, le dijo:

— «Mateo, date prisa, que no quiero morir en este sitio sobre un monton de paja.... como un perro. Deseo ver á mi hija, y si permanecemos aquí mas tiempo no lo lograré.

— «Arriba, soldados!» dijo Mateo á los hombres de armas.

Los soldados levantaron su carga, echándosela al hombro, y el escudero gritó á la multitud:

— «Paso! paso!»

Esta se abrió en dos filas, y la comitiva se dirigió hácia el castillo, ó mas bien hácia el único torreón que quedaba de un castillo poderoso en otro tiempo.

Una hora después, en una gran sala cuyas paredes de piedra no estaban cubiertas con ninguna estera de junco, aunque esto era costumbre entonces, el herido yacía en un lecho con su correspondiente dosel, y una jóven bañada en lágrimas se hallaba á su cabecera.

Un silencio profundo reinaba en la sala, y todas las personas que cercaban el lecho del moribundo aguardaban con impaciencia el efecto de una crisis que había determinado la fatiga del camino, y después de la cual había vuelto á caer el herido en un estado de postracion que muy bien podía tomarse por el paroxismo de la agonía. Entre las personas que eran testigos de aquella escena dolorosa, además del escudero del Sr. Arnaldo de Montoban, los cuatro soldados y los vecinos que acudieron al saber la noticia, se hallaba un doncel que tomaba gran interés en todo lo que pasaba en su derredor. Era Guillermo de Rosvina, noble castellano que había aprendido el manejo de las armas á las órdenes del caballero, y que le profesaba una amistad sin limites. Guillermo era uno de los señores mas ricos de las cercanías, de antigua y poderosa familia, y al saber el estado de su amigo, de su maestro de armas, había acudido tan pronto como se lo permitió el precipitado galope de su buen alazan.

Hacia ya largo tiempo que el enfermo permanecía en el mismo estado de postracion, y sin embargo vivía aun. Guillermo estaba junto al lecho, y sostenía la cabeza del herido. Elvira, que así se llamaba la hija del caballero, fijaba con ansiedad sus ojos llenos de lágrimas en los cerrados ojos de su padre, quien al fin comienza á moverse, abre un poco los ojos, los cierra y los vuelve á abrir, mira á todas partes, y reconociendo á su hija, hace un esfuerzo y murmura:

—«Elvira!»

Elvira al oír la voz de su querido padre se acerca á él, y cubre de besos su rostro desfigurado.

—«Elvira! dijo por último Arnaldo de Montoban incorporándose con trabajo, y con la cabeza siempre apoyada en el brazo de Guillermo, á quien no reconoció. Elvira! pobre hija mía, los malditos defensores de D. Enrique nos han dado hoy que hacer, y creo que no volveré á combatir por mi rey D. Pedro.... Condenados de Satanás! me han acuchillado de lo lindo....

Se detuvo un instante como para respirar, y luego prosiguió:

—No he querido morir sin verte, pobre Elvira mía; esto hubiera sido para mí anticiparme los tormentos del infierno.... Escucha, Elvira, siempre he obrado como franco y leal caballero... Pero soy pobre.... y nada tengo que dejarte.... sino la bendición paterna.... y....

Aquí le faltó la palabra.

—Por el Dios vivo, añadió al cabo de un instante: no parece sino que Satanás me oprime la garganta para no dejarme hablar... Agua! agua!

El escudero cogió un cántaro que se hallaba en un rincón de la sala, llenó un cuerno del licor que contenía (era cebada fermentada con miel) y lo acercó á la boca del caballero, quien bebió algunos tragos.... Reinó un silencio bastante profundo, hasta que al fin volviendo á tomar la palabra Arnaldo de Montoban, llamó al escudero:

—«Mateo, le dijo, mi espada!

Mateo puso la espada sobre el lecho, y enseñándosela el caballero á su hija, la dijo:

—Hé aquí todo mi haber; saluda á esta espada que jamás ha defendido una mala causa.... te la dejo.... júrame por la Virgen no confiarla jamás sino á un digno y leal caballero.... á tu esposo.... porque quiero que te cases con un caballero....

—Padre mío, lo juro por la Virgen y los santos! exclama Elvira con angustia, conociendo que su padre se debilitaba por momentos.

El señor se volvió entonces hácia el que le sostenía la cabeza, y pareció reconocerle. Sus ojos despidieron un rayo de alegría, y quiso hablar.

—Guillermo, amigo mío.... fueron las únicas palabras que pudo articular en sonidos inteligibles, señalando á su espada.

Dos monjes entraron al momento con el viático, y el uno de ellos se acercó al caballero como para recibir su confesión.

—Dios y mi rey! murmuró el caballero, y espiró.....

Algunos momentos despues solo se veía en la sala á un cadáver y un monje, el cadáver en un atahud, y el monje rezando. En la sala contigua Elvira lloraba en los brazos de la anciana

Marta, su parienta, y Guillermo, en calidad de amigo, se ocupaba en los funerales y en el banquete que debia darse despues, siguiendo la costumbre de aquellos tiempos.

II.

El mensaje.

Dejar una espada á una doncella de diez y seis años! triste herencia! y qué ha de hacer con ella? Hé aquí lo que sin duda os direis, amables niños, no sin algun viso de razon. No obstante, veamos si en aquella época, y conforme á los usos del tiempo, semejante espada no era una buena herencia.

Habia ya cerca de un mes que Arnaldo de Montoban descansaba en el sepulcro, y el dolor de Elvira, sin ser menos vivo, no tenia ya el carácter desesperado que siempre tiene en los primeros momentos. El profundo pesar que habia sentido dejára en su rostro, tan risueño dos ó tres meses antes, un sello de tristeza y de melancolía que realzaba la belleza de sus facciones.

Una mañana que se hallaba sentada con la vieja Marta en un banco de madera esculpida, oyó en el patio las pisadas de un caballo, y antes que pudiera asomarse á la ventana para ver quien llegaba así, su viejo sirviente, el único que le quedaba, entró en la sala precipitadamente.

— «Por la santa cruz! qué significa esto, mi noble señorita? exclamó con muestras de la mayor sorpresa.

— Qué quieres decir, Julian? preguntó Elvira.

— No tener nosotros rastrillo, pase; pero que haya entrado en el patio como en el de una hospedería, sin tocar el cuerno, y sin que se le baje el puente levadizo!..

— Acabarás, Julian? dijo Marta á su vez, queriendo poner freno á la intempestiva locuacidad del bueno del sirviente. ¿Quién es el caballero que ha entrado en el castillo?

— Decid los caballeros, señora Marta, porque hay un bonito escudero y cuatro pages perfectamente vestidos.

— Pero ¿quiénes son? preguntó Elvira impaciente.

— Traen un mensaje del duque de S. Carlos.

— Un mensaje del duque de S. Carlos? preguntó Elvira asombrada; para mí?

— Sí, noble señorita, y el escudero espera que tengais á bien recibirle. Le dejo entrar?

Obtenido el consentimiento, salió Julian, y el escudero, vestido con elegancia, entró en la sala saludando á Elvira, quien preguntó á Julian si habia dado de refrescar á aquel señor y su comitiva.

— Este señor quiere cumplir antes el encargo que aquí le ha traído, respondió Julian.

Elvira se sentó entonces, y acercándose el escudero la dijo:

—Noble señorita, mi señor y maestro de armas el duque de S. Carlos me envía á vuestra presencia para solicitar de vuestra cortesía un don de gran precio para él... desea poseer la espada de combate de vuestro noble padre ya difunto, que alcanzó con ella fama y gloria. En cambio mi dueño y señor os ofrece, por amor hácia vos y en memoria del difunto caballero, una dote de diez mil monedas de oro.»

Este mensaje despertó de pronto en el corazón de Elvira tantos recuerdos que se cubrió el rostro llorando amargamente. El escudero admirado á la par que conmovido, no sabía lo que debería hacer, cuando Marta se acercó á él diciéndole:

—Noble señor, acabais de abrir una herida mal cerrada, y la memoria de su padre causa en este momento las lágrimas de mi parienta: sed atento, y retiraos hasta que pueda responder á vuestro mensaje.

Después volviéndose hácia Julian, añadió:

—Cuida de que nada falte á este noble señor, y acuérdate de que Arnaldo de Montoban hubiera consentido en arruinarse antes que dejar de tratar bien á un señor que se abrigase en su castillo.

El escudero, después de darla gracias, la saludó, y se retiró precedido de Julian, quien lo condujo á la sala de honor, obsequiándole de la manera que pudo, según lo permitía la escasez en que se hallaba la pobre doncella.

—Vender por oro la espada de mi padre! decía Elvira sollozando.

—No, es un cambio, Elvira: piensa en tu pobreza!

—Jamás!.. no puedo desprenderme de ella... he jurado á mi padre confiarla á un noble caballero... á mi esposo...

—Pero considera que ninguno se ha presentado, y que tal vez pasará mucho tiempo antes que esto suceda, al paso que las diez mil monedas de oro.....

—No me harán faltar á lo que prometí á mi padre.

En vano procuró Marta hacer mudar de dictamen á su joven parienta; nada había conseguido cuando Guillermo de Rosvina, á quien no habían visto desde el día de los funerales, entró en la sala.

La doncella se turbó, ora recordando la amistad que había profesado á su padre, ora por agradecimiento al trabajo que se había tomado presidiendo el banquete de los funerales. Conmovida Elvira no reparó en la turbación de Guillermo; pero viendo que no la hablaba, fijó en él la vista, y exclamó al punto:

—Cielos! qué teneis, amigo mio?... qué pálido y pensativo estais!...

—Acabo de saber, noble señorita, que un mensajero del du-

que de S. Carlos viene á reclamaros la noble espada de Arnaldo de Montoban. Por la cruz que estas espadas no se venden sino á peso de oro cuando han pertenecido á hombres tan valientes, y yo vengo á ofreceros cuarenta marcos de oro por la tizona de vuestro noble padre.

Guillermo, como dijimos arriba, era uno de los señores mas ricos de todas las cercanías; pero semejante oferta hubiera abierto ancha brecha en el edificio de su fortuna, si se hubiese visto obligado á realizarla.

—No estabais presente, respondió Elvira con cierto embarazo, cuando mi moribundo padre me hizo jurar por la Virgen que jamás confiaría esta arma sino á un leal é ilustre caballero?...

—Sí, vuestro esposo... tengo grabadas en la memoria todas sus palabras.

—Pero vos no sois caballero!

—Ni esposo vuestro! Pero lo seré, vive Dios! ó la cuchilla de un enemigo me partirá el corazón.

—Pero, señor, ¿quién os dice...

—Os comprendo, noble señorita, y no emprenderé el ganar mis espuelas hasta que me hayais autorizado para ello, porque soy hartó noble para obrar de otro modo: espero vuestras órdenes.

Al decir estas palabras, Guillermo se inclinó ante Elvira, y esta le tendió la mano, diciéndole con timidez:

—Partid, mi buen Guillermo, y ojalá torneis á este castillo armado caballero, y digno de poseer la herencia de mi noble padre.

—No tendré yo la culpa si así no sucede, noble Elvira, lo juro por el cielo: quiero hacer tantas proezas que las espuelas y la cadena de oro me sean dadas en un combate formal, y volveré á este castillo trayéndoos el derecho de llamaros *señora*, y de colocar *banderolas pintadas en el techo de vuestra morada*.

El entusiasmo y el ardor guerrero embellecían en aquel momento al doncel.

—Pero y el duque? preguntó Marta.

—Yo mismo, noble Elvira, llevaré vuestro mensaje al duque de S. Carlos, y entraré á servir al rey. Ahora me retiro dichoso, y seguro de poseer bien pronto la herencia de Arnaldo de Montoban.

Salió rápidamente, y aquella misma tarde despues de despedirse de Elvira, partió en compañía del escudero, que tambien se dirigia á la corte.

III.

El caballero.

Cinco años hacia que Guillermo había dejado á Castilla en busca de gloria y renombre, y Elvira no había tenido noticias suyas sino muy rara vez. De cuando en cuando solia pasar algun soldado por delante del castillo, y en él recibia hospitalidad, en cambio de la cual Julian le hacia un millon de preguntas. — «De dónde venís? — y si el soldado no respondia que de la corte, entonces las atenciones del sirviente no eran tantas. Si al contrario la palabra corte era pronunciada por el soldado, entonces Julian se desvivía haciéndole muchos agasajos, y por la noche, despues de la cena, sentado á la mesa con su huesped, menudeaba el trago, no sin ensartar sus acostumbradas preguntas.

—Habeis oido hablar de un doncel que se llama el señor Guillermo de Rosvina? — qué hace? — dónde está? — habrá adquirido mucha gloria, no es verdad? — ha muerto? — vive? — qué hace en la corte? — Y cuando obtenia una respuesta satisfactoria para su ama, el bueno de Julian corria á llevársela.

Por este medio supo Elvira que Guillermo había vencido en un torneo á un caballero aragonés, y que mas tarde en un reto que había tenido, le habían visto caer, herido en la cabeza de un golpe de maza. Julian ocultó á Elvira esta última noticia algun tiempo; pero por último se le escapó una palabra indiscreta, y la doncella adivinó lo demás.

Un año había corrido desde aquella mala noticia, y Elvira esperaba siempre un mensaje de Guillermo que le anunciase que vivía, habiendo conquistado el título de caballero; pero el mensaje no llegaba, y la pobre niña acabó por persuadirse de que el doncel había muerto, y que la herencia de Arnaldo de Montoban no sería recogida por nadie, porque había deshauciado á cuantos se presentaron á solicitar la espada de su padre.

La pobre niña veía pasar las horas, los dias, los meses y su tristeza crecia por grados. Una tarde que se hallaba mas triste que nunca, se retiró á su oratorio, y quiso estar sola, rehusando hasta los consuelos de la anciana Marta, quien jamás la abandonaba, cuidándola como si fuese su hija. Elvira se arrodilló en la capilla; pero mal su grado un desasosiego interior interrumpia sus oraciones, hasta que cansada de estar de rodillas, se sentó á la ventana, paseando sus ojos por el camino. Pero su desasosiego no la dejaba parar, é iba á levantarse, cuando oyó una bocina.

De repente se levanta á lo lejos una nube de polvo, y se oyen crugir armas, y resonar pisadas de caballos: á poco se descubren brillantes cascos, y por último se enteró la doncella de que era

un tropel de guerreros, á cuyo frente iba un caballero armado de punta en blanco. Cuando llegó la tropa á cierta distancia se detuvo, y despues que un hombre habló un rato con el que parecia el jefe, adelantóse á galope hácia el castillo.

—Guillermo! exclamó Elvira levantándose con ligereza; pero luego que el caballero pasó por debajo de su ventana, cayó sin aliento sobre el banco diciendo:

—No es él!

Un instante despues entró Marta en la capilla.

—Otro mensaje, dijo.

—Un mensaje? preguntó Elvira; y de quién?

—De un caballero cuyo nombre no sé todavía; pero creo viene á solicitar la espada de vuestro padre.

—No la daré, lo he prometido.

—Es verdad, mas supuesto que ha muerto el señor de Rosvina no podeis esperarle hasta la resurreccion.

—Mientras no esté segura de su muerte, dijo Elvira, seré fiel al juramento que hice á mi padre y á Guillermo.

—Pobre niña! murmuró Marta enjugándose una lágrima, y despues añadió; pero debeis recibir al mensagero.

Bien hubiera querido Elvira librarse de semejante molestia, pero el uso requeria que ella misma respondiese, y así salió al encuentro del que la esperaba, diciéndole luego que este le pidió la espada:

—Responded á vuestro amo que la hija de Arnaldo de Montoban ha prometido á un noble la espada de su padre, y que prefiere morir á faltar á sus juramentos.

El hombre se alejó con esta respuesta, y se agregó á la tropa dando cuenta del resultado de su mision al caballero que le habia enviado. Este se precipitó entonces hácia el castillo, se apeó con suma agilidad, y entró en la sala: sorprendida Elvira quiso retirarse, pero el caballero no la dió tiempo.

—Noble señorita, habeis rehusado sin duda alguna lo que tanto deseo porque el mensagero no es digno de presentarse ante vos; por eso vengo yo mismo.....

Y al decir esto alzó la visera de su casco.

—Guillermo! exclamó Elvira, y poco faltó para que cayese en tierra: tal conmocion le causó aquella vista inesperada.

—Sí, Guillermo, que despues de haber peleado con gloria vuelve á este castillo con la cadena y las espuelas de caballero.

Un mes despues Guillermo, cuya herida habia sido cierta, pero que ya curado se hizo célebre combatiendo á las órdenes del rey D. Pedro el Cruel, cubierto de una soberbia armadura, y llevando al costado la espada de Arnaldo de Montoban, conducia á Elvira, orgullosa y feliz, á la capilla de Rosvina, donde el capellan los unió en matrimonio.

De este modo Elvira, la pobre niña que carecía de fortuna y de porvenir, halló fortuna y porvenir en la gloria de su padre muerto hacia tanto tiempo. Noble época en que tenían inmenso poder los recuerdos de gloria, y en la que un brillante hecho de armas valía á una pobre familia consideracion, títulos y riquezas!

HISTORIA SAGRADA.

LOS REYES.

SAUL.

I.

Muerte de Abner y de Isboseth.

DAVID consultó al Señor acerca de lo que debía hacer muerto Saul, y por mandato de Dios se dirigió con su familia á Hebron, á donde acudió la tribu entera, y donde David fué consagrado rey.

Por otra parte Abner, hijo de Ner, general de las tropas de Saul, nombró rey de Israel á Isboseth, hijo del difunto monarca.

Abner salió al momento de su campo, y fué á Gabaon con la gente de Isboseth.

Joab marchó contra él con las tropas de David, y los dos ejércitos se encontraron cerca de la piscina de Gabaon, siendo derrotado Abner con las tropas de Israel. Asael, hermano de Joab, era muy ágil, y corría con mas velocidad que los ciervos de los bosques: se obstinó en perseguir á Abner, y viendo éste que iba á alcanzarle, le dió un golpe tan violento que cayó en tierra sin vida.

A poco se puso el sol, y los dos ejércitos dejaron de combatir. Las tropas de Israel marcharon toda la noche, y atravesando el Jordán llegaron á su campo.

Joab recogió el cadáver de su hermano, le dió sepultura en Betlehem, y volvió á Hebron al rayar el día.

Mientras David permaneció en aquel país tuvo muchos hijos, á saber: Amnon, Cheleab, Absalom, Adonias, Saphatia y Jethraham.

Una larga guerra se trabó entre el hijo de Saul y David.

Hasta entonces se había sostenido Isboseth, gracias á los consejos y el apoyo de Abner que mandaba sus tropas; pero de resultas de una reyerta, Abner lo abandonó, diciendo á los ancianos de Israel:

— «Hace mucho tiempo que deseábais que David fuese vuestro rey; nombradle ahora, porque el Señor ha dicho hablando de él que salvará al pueblo de Israel, librándole de los filisteos y de todos sus enemigos.»

De la misma manera habló á los de la tribu de Benjamin, y fué á Hebron para anunciar á David cuál era la resolución que Israel había tomado.

El rey le recibió amistosamente, y le dió, así como á los que le acompañaban, un gran banquete.

Entonces Abner le dijo:

— «Voy á reunir á todo Israel para que os reconozca, como yo lo hago, por Señor y rey, porque es preciso que gobernéis á este pueblo.»

Partió en seguida para poner en ejecución este proyecto, y á poco llegó Joab con la gente de David, la cual acababa de exterminar una tropa de bandidos, y conducía un gran botín. Cuando supo que el rey había recibido á Abner amistosamente, dijo á David:

— «Qué habeis hecho? Abner se os ha presentado, y le dejais ir sano y salvo? No veis que su venida no tiene otro objeto que reconocer vuestras fuerzas, y saber lo que hacíais?»

Dicho esto envió varios de sus partidarios en persecución de Abner, y sin que David lo supiese lo encerró en la ciudadela de Sira, donde le quitó la vida para vengar la muerte de Asael.

Cuando David lo supo, exclamó:

— Estoy inocente ni mas ni menos que mi pueblo del asesinato de Abner. Que su sangre recaiga sobre Joab!»

Luego dijo á Joab y á cuantos se hallaban con él:

— «Desgarrad vuestros vestidos, cubríos con sacos y llorad, porque Abner ha muerto, y vamos á celebrar sus funerales.»

Y siguió el féretro hasta Hebron, donde Abner fué sepultado.

Cuando Isboseth supo la muerte de Abner, perdió el valor, y la nodriza de su hijo Miphiboset recibió tal susto, que huyó precipitadamente, dejando caer al niño, el cual desde entonces quedó cojo.

Isboseth tenía á sus órdenes dos capitanes de ladrones, llamados Baana y Rechab. Un día en que el príncipe, fatigado por el calor, se había tendido en el lecho, y la mujer que guardaba la puerta de la casa había cedido al sueño, penetraron hasta donde se hallaba Isboseth, le mataron, le cortaron la cabeza, y la presentaron al día siguiente á David, diciéndole:

—Aquí está la cabeza de Isboseth, hijo de Saul y enemigo vuestro. Procuraba quitaros la vida, y le hemos dado muerte.

—Viva el Señor! exclamó David con indignacion. Si condené á muerte á Siceleg que vino á anunciarme la muerte de Saul creyendo traerme una buena noticia, ¿qué debeis esperar vosotros que habeis muerto á un hombre inocente, sin defensa, en su casa, y hallándose en el lecho? Vuestra sangre lavará la que habeis derramado!»

Rochab y Baana fueron ejecutados, y habiéndoles cortado las manos y los pies, los soldados de David los colgaron cerca de la piscina de Hebron enterrando la cabeza de Isboseth en el sepulcro de Abner.

II.

Victorias de David.

Muerto Isboseth, todas las tribus de Israel consagraron rey á David, que entonces contaba treinta años, y hacia siete y medio que reinaba en la Judea.

A poco tomó las armas el nuevo rey para hacer la guerra á sus enemigos, y aumentó en mucho su poder. Los filisteos salieron á su encuentro, mas fueron derrotados, y entonces David, para atraer la bendicion del cielo sobre su familia, fué á buscar el arca de la Alianza, que estaba en Gabaa, en casa de Abinabab, y la condujo á Sion con gran acompañamiento de músicos, que tocaban la trompa, la lira, el tambor, sistros y timbales.

David quiso edificar un templo para encerrar en él el arca; pero Dios le hizo saber que aquella obra estaba destinada á su hijo luego que le sucediese en el trono.

El rey de Israel prosiguió el curso de sus conquistas, derrotando á los filisteos, y eximiendo al pueblo de Dios del tributo que les pagaba. Tambien venció á Aderézer, hijo de Rohob, rey de Soba. Los sirios de Damasco acudieron á socorrer á Aderézer; pero experimentaron la misma suerte, y el rey se apoderó de la Siria, y condujo á Jerusalem las armas de oro del vencido.

Thon, rey de Emath, cuando supo las victorias de David, envió á Joram, su hijo, para manifestarle su alegría, y darle las gracias por haber vencido á Aderezer, que era su enemigo. Joram regaló á David vasos de oro, de plata y de estaño, los cuales se colocaron en el templo del Señor.

Los triunfos que el rey alcanzaba cada día no llenaron su corazon de insensato orgullo, ni le hicieron olvidar lo pasado. Siempre se acordaba de la amistad que le unía á Jonatás, sin la cual habría sido víctima del odio de Saul.

Trató pues de indagar si existía alguno de la familia de Saul,

y enterado de que vivía un hijo de Jonatás llamado Miphiboseth, le trató con bondad, dándole bienes considerables.

Algun tiempo después tuvo David un hijo, á quien puso por nombre Salomon.

III.

Rebelion de Absalom.

El Señor, que hasta entonces había protegido al rey de Israel, lo abandonó un instante para castigarle por una falta que había cometido. Sus hijos llegaron á aborrecerse, y Absalom mató á su hermano Amnon, huyendo en seguida para evitar la cólera de su padre; pero aunque este lloró la muerte de su hijo primogénito, consintió al fin que Absalom volviese á la casa paterna, pero no quiso verle.

Este príncipe era el hombre mas hermoso de todo Israel; pero sobre todo sus cabellos eran bellísimos.

Semejante indulgencia no cambió las malas inclinaciones de Absalom, el cual envió emisarios á todo el reino de Israel, á fin de insurreccionar al pueblo contra su padre. Pronto llegó á tener gran número de partidarios, y enterado David de la conducta y los proyectos de su hijo, dejó á Jerusalem con toda su familia, á fin de que no le sorprendieran los rebeldes.

Los que le eran fieles lo acompañaban llorando, y por todas partes no se oían mas que lamentos. El gran sacerdote Sadoc, acompañado de todos los levitas, condujo el arca de la Alianza á un sitio elevado.

Luego que el pueblo pasó, David dijo á Sadoc:

—Llevad á la ciudad el arca de la Alianza; si Dios me perdona, la volveré á ver; si me arroja de su seno, estoy dispuesto á sufrir lo que se digne disponer acerca de mi suerte!

Y con los pies descalzos y la cabeza descubierta subió al monte de las Olivas, seguido del pueblo. Cuando llegó á la montaña, Siba, sirviente de Miphiboseth, salió á recibirle con dos borricas cargadas de doscientos panes, cien cajones de pasas, cien cajas de higos, y un cántaro lleno de vino.

Mientras tanto Absalom entró en Jerusalem seguido de sus partidarios, y llevando por consejeros á Achitophel que había hecho traicion á David para sostener la rebelion de su hijo, y á Chusai de Arach, que se hallaba á su lado con el fin de neutralizar en provecho del rey de Israel los malos consejos de Achitophel.

Este último dijo á Absalom:

—Si os parece bien, voy á tomar doce mil hombres escogidos, y esta misma noche perseguiré á David. Sus tropas estan muertas de cansancio, y los batiré sin dificultad, haciendo huir á todo

el mundo, y deshaciéndome del rey. Entonces todo el pueblo os obedecerá como si fuese un solo hombre.»

Este dictamen fué de la aprobacion del rebelde y de todos los ancianos de Israel; pero sin embargo el jóven príncipe quiso consultar á Chusai de Arach.

—El consejo que os ha dado Achitophel no me parece bueno, dijo este: no ignorais quien es vuestro padre, y cuán valerosos son los que le siguen. Hé aquí pues lo que en mi sentir debe hacerse: reunid á todo el pueblo de Israel, que es tan numeroso como los granos de arena de las orillas del mar; entonces perseguiremos al rey, y en cualquier sitio donde esté, le vencemos por el número. Si se refugia á una poblacion, todo Israel rodeará de cuerdas sus muros, y la arrastraremos á un torrente sin que quede de ella ni una piedra.»

Adoptado este consejo, Chusai dijo á los grandes sacerdotes Sadoc y Adiathar que avisasen á David, y le indujesen á que pasára el Jordan lo mas pronto posible.

Cuando David supo lo que habia pasado, atravesó el rio rápidamente, Absalom le siguió de cerca, y á poco se encontraron los dos ejércitos uno en frente del otro.

SATANÁS CONVERTIDO EN JUEZ.

Fábula.

Para saber qué nombre dar se debe
A este siglo, Satan, no muy contento
Con el nombre de siglo diez y nueve,
A los diablos gritó con ronco acento:
«Todo el que en vez de vino azufre bebe,
Acuda á mi redor y tome asiento,
Pues hay junta formal, y es necesario
Que no falte ni un solo perdulario.»

Luego que vió reunidos á los diablos
Que hablaban y gruñian á la par,
Sin escoger palabras ni vocablos
A la turba incivil manda callar,
Y echando maldiciones y venablos
Comienza una campana á repicar,
Diciendo: «dónde están los lechuguinos
Que quieren de este siglo ser padrinos?

La Ambicion desde luego se presenta,
Mirando con orgullo al presidente,

Y mil patrañas fementida cuenta
En tono altisonante y elocuente...
«No extraño que mi hermana tanto mienta,
Interrumpe la Intriga de repente,
Sino que la asamblea preste oído
A quien á mí me debe lo que ha sido.»

— «Al órden! voto va!» dice rugiendo
El monarca feróz que presidía;
Pero luego el semblante componiendo,
A ambas las gracias dió, porque sabía
Que la Ambicion al mundo conmoviendo,
Y apelando la Intriga á la falsía,
Ambas son enemigas capitales
De cuanto bueno hacen los mortales.

El poderoso rey de los infiernos
No sabía á quién dar la preferencia,
Cuando un demonio de dorados cuernos
Del siglo reclamó la presidencia.
«Terrible capitán de los avernos,
Dice de Satanás con la anuencia,
Aunque bajillo y calvo, tengo oro,
Y ora cristiano soy, ora soy moro.

«Es verdad, sí, que la Ambicion insana
Es digna de alcanzar tu horrible apoyo;
Es cierto que la Intriga, su hermana,
Siempre camina cual torcido arroyo:
Mas cuando á mí me da la real gana,
Al cristiano mejor envío al hoyo;
Que con oro se compra acero fino
Y por oro se vende el asesino.

«Mío es el siglo pues: la humana raza
Por lograr mi favor se despepita;
Todos del buen metal andan á caza,
Lleven chaqueta, frac, nagua ó levita...
Repartid esa enorme talegaza
Que puede remediar mas de una cuita,
Y corra desde hoy bajo mi amparo
Un siglo de riquezas tan avaro.

— «Poco á poco, amiguito, tenga calma,
Saltó la Vanidad de gozo henchida;
Ni una hoja te cedo de la palma
Que debe coronar mi frente erguida.
Con el oro tú pierdes mas de un alma;
Arrebatas con él mas de una vida;
Mas si el hombre el dinero busca ansioso,
A mis pies lo depone generoso.

«Por un chal, un pendiente ó un sombrero
 Digo á la esposa que al esposo arañe;
 Yo convierto al patan en caballero;
 Yo hago que un marqués su lustre empañe;
 Yo envío al mercader y al usurero
 Un tunante sagaz que los engañe;
 Yo induzco á la doncella á que se vista,
 Aunque robe á su padre, con batista.»

Cuando dejó de hablar el candidato,
 La diablesca asamblea le aplaudió,
 Y Satanás mayando como un gato
 Esta breve sentencia pronunció:
 A ESTE SIGLO DE LUJO Y DE BOATO
 LLAMAREIS, PORQUE LO MANDO YO
 EN USO DE MI RUDA AUTORIDAD,
 EL SIGLO DE..... ¿LO OÍS?.... LA VANIDAD!

Si la sentencia del diablo,
 Pomposamente dictada,
 Es injusta ó acertada,
 No he podido averiguar.
 Pero el infernal monarca
 Anda que bebe los vientos,
 Y escoje sus instrumentos
 Con un tacto singular.

TENORIO.

